

Los días de París

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Jours parisiens*
En cubierta: Cartel de viajes Pan Am (1950)
© Sam Novak / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Herederos de Banine, por acuerdo con
Pushkin Press Ltd, Londres, 2023
© De la traducción, Susana Prieto Mori
© Ediciones Siruela, S. A., 2020
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
www.siruela.com
ISBN:978-84-19553-08-9
Depósito legal: M-4.154-2023
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Banine

LOS DÍAS DE PARÍS

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

Nuevos Tiempos

La llegada a la tierra prometida

Allá va el Orient Express, a toda máquina, rumbo a la Tierra Prometida: se acerca con un estrépito ensordecedor, cuando los raíles lo arrojan de una vía a otra en una danza salvaje. Me anuncia en su idioma de acero la dicha y la libertad, me arrastra hacia el lugar de mis fantasías, hacia el momento fulgurante del reencuentro que había estado esperando durante cuatro años de revolución, de terror y de ruina, en los escombros de un mundo abolido.

Cuatro años de separación de mis seres queridos, que abandonaron el Cáucaso entonces aún libre, en los que me quedé sola con mi padre —aún ministro de la efímera República Independiente de Azerbaiyán— que, cuando los rusos reconquistasen el Cáucaso, acabaría en la cárcel por un delito imprevisto y yo, a los quince años, en la cárcel de un matrimonio forzoso. Durante esos años mortales, desde lo más hondo de mi desesperación, me refugio en los sueños, construyo mundos, imagino locuras, dichas inauditas, conquistas y victorias.

Minutos únicos de una vida entera, al fin los conozco: me vuelcan en el amanecer de un paraíso. Rígida de cuerpo entero en una espera apenas soportable, con la garganta seca, una opresión en el pecho donde late como un reloj enloquecido mi corazón de diecisiete años, espío por la puerta del tren la vida en marcha, sin ver los feos suburbios que desfilan ante mis ojos cegados por la emoción. Lo que

vislumbro son los sueños, refugio de esos años pasados, años de frío, casi de hambruna, de angustia. Las conquistas y las victorias, pronto me haré con ellas para ya nunca soltarlas. Y ya estaba viviendo una enorme victoria: el desembarco en la Tierra Prometida, donde al fin llegaba tras la huida primero del Cáucaso, después de Constantinopla donde había abandonado a mi marido, colmándolo de falsas promesas. Él esperaba reunirse conmigo, yo esperaba no volver a verlo nunca: pobre hombre, víctima al igual que yo de la Historia que avanza y nos aplasta.

La bóveda de la estación de Lyon se cierra sobre el tren y lo cubre con su sombra. Va frenando, cada vez más, al fin se detiene y mi corazón se detiene con él: voy a morir. Pero no, moribunda, jadeante, temblorosa, logro bajar al andén sin caerme muerta y al fin los veo a través de las lágrimas. Son cuatro: mi madrastra Amina, el amor de mi infancia, mis dos hermanas, Zuleika y Sureya, y finalmente mi cuñado arrogante, insoportable. Y allí me encuentro abrazada por turnos y lloro y río y siento una dicha tal que ni la propia muerte podría arrebatármela. Pero no muero, mis lágrimas se secan, todo el mundo habla y ríe a la vez, me hacen preguntas, respondo sin pies ni cabeza. El sentimentalismo me ha embargado un instante, pero enseguida lo reprimo: está mal visto en mi familia, más bien inclinada a la ironía, a veces brutal. Y además allí está mi espléndido cuñado Murad, que sabe ser ingenioso hasta la crueldad; no nos dejará ponernos cursis. Lleva un bastón en la mano y se «espolea» con gesto seco, me examina con un aire socarrón que no promete nada bueno: mi charchaf — medio velo que llevan las mujeres turcas —, mi traje de chaqueta comprado en una

tienda de confección de Constantinopla, mi apariencia de paleta provinciana, le causan un efecto hilarante. Su bastón apunta a mis caderas exuberantes y me siento acusada de un crimen. Estalla:

—Ay, por favor, parece que vayas disfrazada para una pantomima titulada *La odalisca y el progreso*; un charchaf en París, cejas de carretero caucásico. Y ese traje, ¡ni que estuviéramos en Taskent! ¡Y ese trasero que parece que sales del harén de Abdulhamid! Vamos a tener que alquilar una carretilla para transportarlo...

Amina y mis hermanas se enfadan, le dicen que me deje en paz, pero él sigue.

No quiero quedar mal y me río, sin forzarme: la vida es demasiado dulce, vivo un cuento de hadas que unos detalles disonantes no logran ensombrecer. Estoy como aturrida por el tránsito de la estación, por el ruido, el movimiento y la emoción, que sigue ahí, desgarrando mi sensibilidad con la dicha presente, con todos los sufrimientos padecidos durante estos cuatro años. Me daba la sensación de que, tras escapar de una cueva helada, llena de tinieblas, había subido a una pradera inundada de sol.

Sin embargo, ya novelista sin saberlo, constato, pese a dicha emoción, el maquillaje absurdo de mis hermanas. Que Zuleika, pintora, lo practique a ultranza tiene un pase: está entregada al color, a todas las audacias de la artista, a la extravagancia de los creadores. Pero que Sureya, discreta y tímida, exhiba unas pestañas que se doblan bajo el peso del rímel como ramas de abeto bajo la nieve, párpados negros, mejillas como ornadas de geranios en su primer esplendor, más una gruesa capa de polvos, labios sangre de buey, me sume en el estupor. Constato y encajo, pero naturalmente no digo nada.

La vestimenta de Zuleika también está a la altura de su oficio: cosas extrañas le cuelgan por todas partes, lleva un sombrero en forma de maceta calado hasta los ojos, enormes pendientes le rozan el cuello adornado con un collar exótico. Lleva puesto un cinturón de dibujos aztecas no en la cintura sino en las caderas, según los cánones de la moda reinante. Bajo esas vestiduras de fantasía, encuentro a mi hermana voluble, exuberante, llena de vida y de verbo.

Embarcamos en un espacioso taxi rojo de una especie desgraciadamente ya extinguida, donde se podía entrar sin doblarse en dos y sin caer después como un saco de patatas en el asiento de atrás. Mi única maleta va junto al conductor: la gran aventura empieza. ESTOY EN PARÍS.

París... Para entender el pleno significado de ese ESTOY EN PARÍS hay que haberse creído encerrada para siempre en una ciudad odiada, perdida en algún lugar en el fin del mundo: hay que haber soñado con París durante largos, interminables años, como había soñado yo desde el fondo de mi ciudad natal donde — sin caer en la paradoja — viví mi auténtico exilio.

París, para un alma fascinada por ese nombre, aparece como el faro que ilumina el paraíso: el sueño convertido en piedras y calles, plazas y monumentos, erigidos en el transcurso de una larga y turbulenta historia. Es el resplandor de todos los sueños: un mundo donde chocan o se funden micro mundos que crean profundidades vitales inauditas.

Aun siendo de naturaleza profundamente infiel, le he sido fiel a París, pese a medio siglo de intimidad en que se conocen, como en toda intimidad, los atractivos y los hastíos: hastío de costumbre y de monotonía ante todo.

Soñadores del mundo entero, apelo a vosotros en particular, vosotros que conocéis la virtud y el veneno de los

sueños. Su virtud: son nuestro opio en el aburrimiento de lo cotidiano, nuestro refugio al abrigo de las leyes y los reyes, nuestro granito en las arenas movedizas del mundo, nuestro brioche cotidiano, aunque nos falte el pan.

Su veneno: que, si por milagro nuestros sueños se realizan, sentimos el maldito «no era más que esto». La vida de esas impurezas empaña su perfección, que solo es imaginaria, y la decepción nos envenena: «no era más que esto...».

Pero durante los primeros días de mi vida parisina, «era esto». Todo era hermoso, joven, interesante, divertido, lleno de promesas. Incluso a la llegada, las inmediaciones feas y llenas de humo de la estación de Lyon me habían encantado porque allí estaba dando mis primeros pasos de parisina. Y después vino la maravillosa disposición de la calle de Rivoli, la plaza de la Concordia con su disposición aún más perfecta, que hace pensar en un jardín mineral, los Campos Elíseos por donde rogamos al conductor que pasara. Subíamos la prestigiosa avenida que en aquellos tiempos, hace medio siglo, brillaba con una elegancia que nada deslucía. Solo había una boutique en ella, la de Guerlain, dos o tres cafés, el Select, el Fouquet, dos casas de alta costura, el hotel Claridge. La democratización, que tiene sus virtudes, aún no había afeado la avenida de las elegancias y el esnobismo. No se vendían caramelos al peso, vestidos de rebajas, zapatos de plástico, alfombras hechas a mano y cucuruchos de cacahuets. Los cines aún no te provocaban cada dos metros con carteles y títulos de una pornografía para todos los públicos, sexos y preferencias.

Lentamente subíamos por los Campos Elíseos hasta el Arco de Triunfo, que no triunfaba más que yo, bajábamos por la avenida del Bois —¿o ya la habían rebautizado como avenida Foch?—, sin salir de los buenos barrios llegába-

mos a la Muette, a esa calle Louis Boilly donde mis padres alquilaban un apartamento en la planta baja de un bonito edificio. En esas regiones altamente residenciales nos quedaríamos mientras durasen las joyas traídas de allá, único y escaso residuo de una fortuna de petroleros, democratizada, colectivizada, socializada, volatilizada en el estallido revolucionario que se tragó todos nuestros privilegios como un fuego voraz.

Mientras bajábamos la avenida del Bois, mi memoria resucitaba por unos instantes otro «bulevar»: el de Bakú que bordea el Caspio donde, a la sombra de unos árboles esculpidos, me había paseado tantos años con el alma en pena y la cabeza en otra parte, en París precisamente. Gracias al estallido en cuestión aquí me encontraba al fin, y cuánto prefería ser pobre aquí que rica allá. No, no es que haga como la zorra con las uvas. Ya de niña —lo he contado en otra parte— arruiné mentalmente a mis familias paterna y materna para tener derecho a casarme con Ruslan, el guapo jardinero con pinta de príncipe de *Las mil y una noches*, uno de los doce casi-esclavos asignados al riego de una propiedad desértica. En lo relativo a nuestra ruina, mis sueños estaban ampliamente cumplidos. Lástima, no por ello pude caer con exaltación en brazos del seductor Ruslan el día de nuestra boda: esa dicha le fue concedida a Yamil, al que yo odiaba.

Ya no tenía de qué quejarme, puesto que los decretos del destino remplazaban a Ruslan por una emigración en la que, estaba segura, conocería a Ruslanes mil veces más guapos, mil veces más seductores y de una clase social (solo faltaba) algo más brillante. Volviendo a *Las mil y una noches*, que como es lógico me impregnaban, imaginaba el porvenir como una cueva de Alí Babá donde encontraría fabulosos

tesoros. De todos ellos, solo uno no habría podido nunca pasármeme por la cabeza, dotada sin embargo de una floreciente imaginación: que un día me convertiría en escritora francesa y escribiría estas líneas.

Mi padre nos esperaba en la entrada: había estado sin duda acechando la llegada del taxi.

Tres años habían pasado desde el día en que, en Batumi, lo viera alejarse por el mar Negro, de pie en el barco de la Compañía Paquet, hacia Constantinopla, hacia París. Él se iba, yo me quedaba y, lo que es peor, me quedaba con mi marido que me llevaría de vuelta a Bakú para proseguir con nuestra absurda vida conyugal. Se habla de «corazón roto» y con razón: el mío estaba hecho migas. No por ver marchar a mi padre, sino por verlo marchar sin mí. Como Prometeo, me quedé encadenada a una roca imaginaria del Cáucaso y ningún Hércules me liberaría de mi mal amado.

La libertad, las buenas condiciones materiales y, más aún sin duda, la ausencia de miedo, habían rejuvenecido a mi padre. Tenía el rostro descansado, se mantenía erguido, vestía bien. Yo recordaba perfectamente su espalda encorvada, su aspecto hastiado, su ropa de preso que, por sí sola, rebajaba a un hombre, y su pobre sonrisa al verme a través de los barrotes cuando le llevaba la cazuela donde mi tía, su hermana, había vertido el guiso cocinado para él. Pesaba mucho cuando la llevaba hasta la lejana cárcel, con el frío o los grandes calores, pero aportaba cierto consuelo a su miserable encierro.

Esa situación que olía a melodrama parecía irreal desde allí, desde aquel elegante apartamento donde todo era paz y comodidad, y la cárcel de los negros suburbios de Bakú,

negros por estar en una zona petrolífera, parecía una pesadilla. Y, en realidad, ¿acaso no lo era?

Nos besamos con lo que podía pasar por cariño entre un padre poco expansivo y una hija intimidada por él. La mirada extrañamente expresiva de sus ojos negros y brillantes bastaba por sí sola para intimidarme y me arrebatava toda veleidad de efusión. ¿Me había tratado con afecto alguna vez? Nunca, me parece, ni siquiera cuando iba a visitarlo a la cárcel: siempre nos había separado un muro, no había abandono por ninguna de ambas partes. Nunca se había mostrado realmente duro conmigo y sin embargo le tenía miedo, y ese miedo me había impedido seguir a un hombre al que creía amar y hecho aceptar a otro al que sin la menor duda odiaba, solo porque mi padre expresó su deseo de que así lo hiciera.

Resulta difícil imaginar lo que antaño representaba en el mundo islámico del que procedíamos la figura del Padre. Investido por una autoridad que iba directamente después de la de Dios, disponía de sus hijos como de súbditos sin derechos, libre de imponerles cualquier cosa excepto la muerte. Es probable de hecho que en las tribus aún primitivas donde regía la ley islámica hasta ese derecho se le concediera.

Un rasgo llamativo de mi padre, que iba a acentuarse con la edad, era su liberalismo, ¿dictado por qué: la inteligencia, la indiferencia, secretas disposiciones de las que apenas somos dueños ni conscientes? En cualquier caso, fue ese liberalismo el que nos hizo, a nosotras sus hijas, ser educadas a la occidental en una época en que eso aún estaba muy mal visto en el islam, del cual su segunda esposa, mi madrastra Amina, sacaba un beneficio a veces abusivo, y del que pronto nos daría una nueva prueba de su apertura de mente.